

---

# SISTEMA DE PARTIDOS POLITICOS Y “CLIVAJES” ELECTORALES EN LA TRANSICION CHILENA

---

Fernando Bustamante (\*)

---

## INTRODUCCION

En los países europeos se ha desarrollado en los últimos treinta años una tradición de estudios que se esfuerzan en determinar los factores que permiten explicar de mejor manera el alineamiento de los públicos electorales frente a la “oferta” que representa el sistema de partidos políticos (1).

En países con una ya larga trayectoria político partidista y de elecciones libres y competitivas se ha podido sostener y probar que los factores de alineamiento de los públicos votantes son relativamente constantes y alcanzan cierta fijeza, la cual termina por ser característica de los respectivos sistemas políticos partidarios (2).

No es éste el lugar para entrar en detalle en la teoría que explica esta “cristalización” de los clivajes o segmentaciones de los electorados: baste con señalar que ella se halla fuertemente documentada (3).

En general, se han podido encontrar cuatro grandes sistemas de clivajes que pueden darse solos o en combinación en los sistemas políticos de los países

occidentales europeos: el centrado en oposiciones etno-lingüísticas y nacionales o en contradicciones centro-periferia (como las que existen en España, Bélgica, Suiza, Gran Bretaña), aquéllas centradas en el tema de la relación entre estado laico y secular con el mundo confesional o la Iglesia y que se expresa típicamente en la contradicción entre partidos laicos y partidos religiosos, clericales o confesionales (como en Italia, Alemania, Austria, Noruega, Holanda y Bélgica), la división centrada en las relaciones entre capital y trabajo y que se plasma en la oposición entre partidos obreros y partidos “burgueses” (como en España, Grecia, Portugal, Alemania, Francia, Suecia, Gran Bretaña, Italia y Austria), y, finalmente aquel clivaje derivado de la difusión diferencial de valores materialistas y post-materialistas, entre determinados estratos de la población (como en Dinamarca, Noruega, Alemania, Italia, Suiza, Bélgica) (4).

La implantación reciente de sistemas políticos electorales en los países latinoamericanos (que en algunos casos representa una restauración de una

---

(\*) Investigador-Asociado de FLACSO-CHILE. Profesor en la Escuela de Sociología de la Academia de Humanismo Cristiano en Santiago de Chile, y miembro de la Dirección Ejecutiva de la Asociación Chilena de Ciencias Políticas.

(1) Un buen ejemplo de un análisis de este tipo puede hallarse en Oddbjorn Knutsen: “Cleavage Dimensions in Ten Western European Countries: A Comparative Empirical Analysis”; en *Comparative Political Studies*; Vol. 21, Número 4, enero de 1989.

(2) Nos hemos basado aquí sobre todo en el clásico libro editado por Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan: *Party Systems and Voter Alignments*; New York; McMillan; 1967; y en particular en el artículo inicial de ambos autores: “Cleavage Structure, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction”.

(3) Ver Lipset y Rokkan; *Op. Cit.*; Knutsen; *Op. Cit.*

(4) En torno a esta última dimensión de clivaje ver: Ronald Inglehart: *The Silent Revolution- Changing Values and Political Styles Among Western Publics*; Princeton, NJ; Princeton University Press; 1977. Y del mismo autor; “The Changing Structure of Political Cleavages in Western Societies”; en R. Dalton et al. (eds.); *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies*; Princeton NJ; Princeton University Press, 1984.

antigua continuidad constitucional transitoriamente interrumpida, como ocurre en los casos de Uruguay y Chile), permite abrir el tema de las características que irán tomando sus respectivos sistemas políticos desde el punto de vista de los alineamientos electorales (5).

Resulta interesante saber en qué medida la (re) constitución de los sistemas partidarios iberoamericanos reproducirá las mismas líneas de quiebre que se producen en Europa, o más bien generarán sistemas partidarios ideosincráticos y marcados por sistemas propios de segmentación. En otras palabras: ¿en torno a qué cuestiones se polarizarán y dividirán los sistemas político partidarios iberoamericanos?

En el presente artículo deseamos hacer una apretada discusión de los resultados de un intento empírico por resolver tal cuestión en el caso chileno (6).

Debe señalarse, empero, que cuando estudiamos la segmentación y los ejes de clivaje de la política chilena, nos hallamos frente a un caso en el que el problema no es de la constitución de un espacio político-electoral *ex-nihilo* (7). Por el contrario, Chile posee una tradición electoral y partidaria más antigua que la de muchos países europeo-occidentales y que funcionó con poquísimas y breves interrupciones desde principios del siglo XIX hasta 1973. Los chilenos votaban y se alineaban con partidos políticos antes que alemanes, italianos, españoles, portugueses, franceses, griegos o austriacos. Las identidades partidarias reflejan un prolongado proceso de formación y decantación secular, que los 16 años de autoritarismo difícilmente podían borrar del todo (8).

Por lo tanto, al reiniciarse la vida político-electoral chilena nos hallamos frente a un electorado sólo parcialmente resocializado y que en su mayoría aún mantenía fuertes lazos personales, directos o indirectos con el sistema de alineamientos previos al interregno autoritario (9).

La medición que hemos hecho de las posturas y de las identificaciones partidarias del electorado debe ser entendida en dicho contexto. No se trata pues, de un electorado por completo des-alineado, que debe buscar a tientas nuevas identidades, sino que aún posee fuertes referentes pre-constituídos que pueden, aunque sea parcialmente, ligarse y conectarse con

tradiciones antiguas y cristalizadas. Por ello mismo, cabe preguntarse si los alineamientos empíricamente observados no dicen —restrospectivamente— algo relevante para el largo plazo histórico de la política chilena. A continuación queremos dar algunos antecedentes sobre dicha historia, en términos de clivajes partidistas.

## ESTRUCTURA DE “CLIVAJES” DE LA POLÍTICA CHILENA HASTA 1973

El sistema de partidos políticos chileno puede ser interpretado —en un primer intento— a la luz de las tipologías de Lipset y Rokkan (10). Desde 1833 hubo dos de sus clivajes que se expresaron claramente en el sistema de partidos: el polo laicismo-clericalismo y la dimensión clasista de tipo izquierda-derecha burguesa (11). El clivaje centro-periferia, si bien tuvo algunos conatos de convertirse en un factor de división política relevante, nunca alcanzó a plasmarse en el sistema de partidos y rápidamente (alrededor de 1860) había perdido toda importancia. A esto contribuyó sin duda el carácter extremadamente compacto, homogéneo y centralizado de la formación político-social chilena post-colonial. Chile es un país fuertemente centrípeto, que desde temprano plasmó un estado “panóptico” de tipo napoleónico, que desincentivó y suprimió radicalmente toda manifestación y fragmentación regionalista. Estudios de Arturo Valenzuela han demostrado que en este aspecto el sistema político-partidario chileno encuentra su más próximo símil en la tercera y cuarta repúblicas francesas (12).

La cuestión laicismo-clericalismo, en cambio se dio con particular fuerza, especialmente a partir de mediados del siglo XIX y se plasmó en el clivaje entre conservadores y liberales y luego entre conservadores, liberales y radicales, que representaban el ala extrema del laicismo, una vez más, de manera muy similar al rol que cumplieron sus homólogos franceses contemporáneamente. El sistema chileno, sin embargo, contempló una variante propia del clivaje religioso-secular. En efecto, dentro del ala o segmento clerical o católico se produjo una ulterior

(5) Ver A. Aldunate, A. Flisfisch y T. Moulian; *Estudios sobre Sistemas de Partidos Políticos en Chile*; FLACSO, Santiago-Chile; 1985. Garretón; *Op. Cit.*

(6) El presente artículo es una versión resumida y revisada del trabajo; Fernando Bustamante: “Dimensiones de Clivaje Político en Chile: Un análisis Empírico”; *Documento de Trabajo* FLACSO, Santiago; 1991. En dicho documento pueden encontrarse análisis más detallados, un desglose de las variables consideradas y una descripción metodológica y teórica más completa.

(7) Aldunate, Flisfisch y Moulian; *Op. Cit.*

(8) Norbert Lechner; “El Sistema de Partidos en Chile: una Continuidad Problemática”; en *Zona Abierta*; n.º 38; Enero-marzo de 1986. Sobre este punto en especial también recomendamos el artículo de J. S. Valenzuela; “Los Orígenes de la Democracia: Reflexiones Teóricas sobre el caso de Chile”; en *Estudios Públicos*; N.º 12; Primavera de 1982.

(9) Lechner; *Op. cit.* y Manuel Antonio Garretón; *El Proceso Político Chileno*; FLACSO; 1983.

(10) Lipset y Rokkan; *Op. cit.*

(11) Para esta discusión; Federico Gil; *The Political System of Chile*; Boston; Houghton and Mifflin Co.; 1968; Arturo y Samuel Valenzuela; *Chile, Politics and Society*; New Brunswick, Transaction Books; 1975.

(12) A este respecto es interesante citar el artículo de Arturo Valenzuela: “The Scope of the Chilean Party System”; *Comparative Politics*; Enero 1972. En el que presenta datos que tienden a sostener la hipótesis de que el sistema de partidos políticos chilenos ha sido desde sus inicios un poderoso agente de integración de las periferias al “centro” nacional y que ha logrado impedir el surgimiento de un clivaje entre los niveles locales y regionales y los nacionales.

segmentación entre conservadores propiamente tales y los llamados “nacionales”, fruto de la escisión montt-varista de los años 1860 y 70. Los nacionales representan una modalidad “regalista” del catolicismo conservador, mientras los conservadores sustentaban una postura “ultra-montana”. En otros términos, la cuestión del laicismo se superpuso hasta principios del siglo XX a la cuestión de la prerrogativa del poder civil sobre el eclesiástico. Los nacionales eran partidarios de un régimen clerical y católico, pero al estilo del despotismo ilustrado, o sea, con una Iglesia controlada por el poder político, o sea bajo comando nacional. Los nacionales representan una especie de “galicanismo” chileno contra las pretensiones de dominación política de la jerarquía eclesiástica “papista”, que sostenía la preeminencia del Vaticano y la búsqueda de un orden político-social que se subordinara a la conducción romana de la cosmópolis católica.

Finalmente, a partir de los años 20 y 30 del presente siglo, se estructura un nuevo espacio político centrado en torno a la cuestión de la lucha de clases. En este eje, los partidos tradicionales, en su conjunto, se oponen a los partidos obreros: el socialista y el comunista. El desarrollo de esta tercera dimensión de clivaje llega a ser tan dominante, que en la década de los 60 se llegó a pensar que ella había por completo sumergido y absorbido las cuestiones previas centradas en torno a la laicidad (13). El tema de la secularización estatal, deja, en aquellos años, de ser un factor divisivo y estructurante del imaginario político (14). Al menos en su forma clásica. La eclosión de la Democracia Cristiana representa un fenómeno de orden distinto, puesto que la DC emerge como partido “revolucionario” de alternativa, más que como defensor de un orden confesionalmente fundamentado. La inspiración católica de la DC no hace de este partido —en primera instancia— el portador de un proyecto clerical, al menos de un proyecto clerical de tipo tradicional. Pero la cuestión de la verdadera conexión de la DC con el ámbito confesional no parece claramente resuelta aún hoy, puesto que tal partido opera con frecuencia como un partido “de convergencia social”, que halla su apoyo indistintamente en casi todos los segmentos sociales y culturales.

## LAS ELECCIONES DE 1989: DESCRIPCIÓN DEL ESTUDIO

Las elecciones generales de diciembre de 1989

representan la reapertura de la competencia partidaria después de un hiato de 16 años de dictadura autoritaria. Estas elecciones proporcionan la oportunidad de estudiar detenidamente los posibles efectos de este interludio en la rearticulación de las identificaciones partidistas, y más indirectamente, de los factores capaces de polarizar a los electores. Hasta 1973 se pensaba que el sistema político chileno se hallaba predominantemente escindido por clivajes de tipo clasista. Los de tipo religioso aparecían presentes como resabios o residuos decadentes de un pasado en vías de evaporación.

Entre 1987 y 1989 la FLACSO realizó un estudio de panel de la opinión pública chilena. En este estudio se preguntó a los participantes sobre un amplio conjunto de cuestiones entre las cuales un buen número vinculadas a los temas de alineamiento y en virtud de las cuales era posible reconstruir segmentos significativos del electorado.

A fin de poder discriminar estos segmentos, se procedió a realizar un análisis discriminante con una batería de ítemes que operaban como indicadores de tres de las cuatro dimensiones resaltadas en la literatura sobre sistemas partidistas en Europa. Se excluyó la dimensión Centro-Periferia ya que los datos disponibles sólo consideraban la población del Área Metropolitana del Gran Santiago. En cambio se intentó probar la existencia de una quinta dimensión que pareció interesante. En efecto, en los estudios sobre desarrollo político y modernización realizados en Iberoamérica a partir de los años cincuenta se ha especulado con la pertinencia de una segmentación de públicos de acuerdo a la polaridad Modernidad-Tradicición (15). De acuerdo con la teoría del desarrollo político, los públicos iberoamericanos acusarían el impacto de un proceso de modernización cultural diferencial y heterogéneo, que permitiría la subsistencia de fuertes núcleos de electores guiados por pautas evaluativas y conductuales persistentemente ligadas al “Ethos” tradicional (16). Estas pautas y modos de vida serían el caldo de cultivo y reproducción de formas de hacer política regidas por máximas resistentes y opuestas a la normativización burocrática, universalista y formal de la democracia moderna de partidos. Sobre esta base podría interpretarse la persistencia y gran potencia de movimientos populistas, nacionalistas-autoritarios y personalistas (al estilo del peronismo, del aprismo, del laborismo brasileño o de los múltiples caudillismos de izquierda o de derecha).

(13) Maurice Zeitlin y James Petras; “The Working Class Vote in Chile: Christian Democracy Vs. Marxism”; en *British Journal of Sociology*; Vol. XXI, N.º 1 (1970); Steven Sinding; “The Evolution of Chilean Voting Patterns: a Reexamining of Old Assumptions”; en *The Journal of Politics*; Vol. 34 (Agosto 1972). También ver; Norbert Lechner; “El Sistema de Partidos en Chile: una Continuidad Problemática”; en *Zona Abierta*; N.º 38; Enero-marzo de 1986, y Manuel Antonio Garretón; *El Proceso Político Chileno*; FLACSO; 1983. Valenzuela y Valenzuela; *Op. Cit.*; A. Valenzuela; *Op. Cit.*

(14) Federico Gil; *The Political System of Chile*; Boston; Houghton Mifflin Co.; 1968.

(15) Por ejemplo, ver, S. Eisenstadt; “Social Change, Differentiation and Evolution”; en *American Sociological Review*; Vol. 29; N.º 3 (Junio de 1964); Steven Sinding; “The Evolution of Chilean Voting Patterns: A Reexamining of Old Assumptions”; en *The Journal of Politics*; Vol. 34 (Agosto de 1972). También Lechner; *Op. Cit.*; Garretón; *Op. cit.*

(16) Eisenstadt; *Op. Cit.*

En la tercera ola del citado panel —que coincide con los meses inmediatamente anteriores a las elecciones de 1989—, se incluyeron preguntas especialmente diseñadas para capturar diversas dimensiones de este posible “síndrome” tradicionalista-populista. La base de datos que se utilizó para este estudio basado en un análisis discriminante, fue precisamente esta tercera ola, que es asimismo la única que contiene datos referentes a la identificación con los partidos que se presentaron a dichas elecciones y a las intenciones de voto (17). Los alineamientos empíricamente observados se midieron utilizando identificación partidista e intención de voto en las elecciones presidenciales y se probaron en varios modelos, buscando determinar aquél que lograba generar factores más altamente significativos (18).

Las hipótesis pertinentes eran en síntesis las siguientes:

a) Que de ser importantes los clivajes de tipo clasista, esto redundaría en funciones discriminantes que maximizarían la distancia entre los partidos socialista y comunista y el resto.

b) De ser importantes los clivajes de tipo religioso, esto produciría funciones que maximizarían la distancia entre los partidos de base confesional (DC y, tal vez UDI) y los partidos laicos.

c) Que de ser importantes las “nuevas” temáticas post-materialistas, esto generaría funciones discriminantes que separarían a los partidos “nuevos” no clasistas de los más tradicionales tanto a la izquierda, al centro y a la derecha y especialmente a los recién fundados partidos de tipo “verde”.

d) Que de ser relevante el clivaje tradicionalismo-modernidad, esto redundaría en una discriminación de los partidos según las características orgánicas de éstos (burocratismo-caudillismo; personalismo-universalismo; nacionalismo-cosmopolitismo; autoritarismo-tolerancia).

## DISCUSION DE LOS RESULTADOS

El análisis de las funciones discriminantes obtenidas reveló que de todas las dimensiones señaladas más arriba la clasista es la única que tiene una

presencia consistente y no ambigua entre los votantes chilenos. Dicho de otra manera: el electorado chileno muestra una significativa tendencia a polarizarse de acuerdo a indicadores relacionados con los aspectos comúnmente asociados a las diferencias de clase: ocupación, ingreso y educación. Esto en sí nada tiene de sorprendente y confirma la existencia de un marcado componente de clase en la política electoral chilena (19). De esta forma, los votantes de menores ingresos, educación y de ocupaciones manuales tenían una tendencia significativamente más alta a identificarse con los partidos tradicionales de izquierda o con los partidos “instrumentales” de reciente creación pero vinculados a alguna vertiente socialista o al comunismo. A la inversa, los sectores de más altos ingresos, educación y pertenecientes a estratos ocupacionales no manuales o propietarios tendían a identificarse con los partidos de la derecha o con partidos de centro como el radicalismo o la DC.

Sin embargo, esta poco sorprendente revelación se ve opacada por la aparición de una segunda dimensión, que revela tener aún más fuerza y capacidad explicativa que la segmentación de clase. Esta segunda dimensión de clivaje no coincide con ninguna de las postuladas teóricamente, aunque dentro de ella tienen altas cargas algunas de las variables que les son más características. En especial resulta sumamente alta la capacidad explicativa individual de la variable clericalismo-laicismo, aunque son características muy específicas, que impiden concluir que se trata de la lisa y llana supervivencia de la vieja división entre conservadurismo católico y progresismo laicista modernizante (20). El clericalismo chileno reviste características inusuales y se asocia de hecho con una mayor secularización de sus sostenedores. Los partidarios de darle un rol más fuerte a la religión en la vida política y que reconocen la legitimidad de la presencia de ideas e instituciones religiosas en la política civil, son precisamente los grupos de centro e izquierda que favorecen a los partidos de la Concertación. Este electorado es significativamente menos piadoso y practicante que el electorado de derecha. A pesar de ello, sin

(17) Los partidos por las cuales se preguntó en la citada encuesta fueron:

UDI (Unión Demócrata Independiente: de Derecha pro-Pinochet).

RN (Renovación Nacional: de Derecha “moderada”).

PR (Partido Radical: Centrista laico).

PN (Partido Nacional: Derecha “tradicional”).

DC (Democracia Cristiana).

PPD (Partido por la Democracia: Centro-Izquierda).

PS (Partido Socialista).

PAIS (Partido de la Izquierda Socialista: comunistas y socialistas “ortodoxos”).

(18) Sobre el tema de la metodología de los estudios de dimensiones de clivaje recomendamos consultar: I. Budge y D. J. Fairlie: *Voting and Party Competition: A Spatial Synthesis Based on a Critique of Existing Approaches to Surveys in Ten Democracies*; New York; John Wiley; 1977.

(19) Sinding; *Op. Cit.*; Petras y Zeitlin; *Op. Cit.*

(20) Este hallazgo tiende a confirmar y replicar en el caso chileno lo que Rose y Urwin sostienen que es válido para la mayor parte de los países de Europa Continental. Ver; Rose y Urwin; “Comparability in Electoral Studies”; en R. Rose; *Electoral Behaviour: a Comparative Handbook*; New York, The Free Press; 1974. y R. Rose y D. Urwin; “Social Cohesion, Political Parties and Strains in Regimes”; en *Comparative Political Studies*; 2: 7-67.

embargo, este público menos religioso es el que favorece más fuertemente la acción política de la Iglesia y el discurso político del clero. Se produce así una extraña inversión de roles: la oposición antiautoritaria favorece a la Iglesia en su función política, pero no como experiencia salvífica personal; los votantes de derecha practican la religión, pero son enemigos de la participación cívica del clero. Se presenta pues una situación en la cual los votantes de derecha parecen favorecer una defensa del estado nacional en contra del cosmopolitismo eclesiástico, e inconscientemente se asocian a una especie de neo-regalismo como el del montt-varismo del siglo XIX, mientras que el ultra-montanismo defensor de la independencia de la Iglesia halla su paradójico refugio en las filas de los votantes más radicales.

Esta segunda dimensión de clivaje es bastante compleja, e incluye otras dimensiones que impiden —a pesar de lo señalado anteriormente— asimilarla a un mero clivaje religioso; se asocia fuertemente a otras dimensiones autónomas. Parece ser que estamos en presencia de una dimensión hasta ahora insospechada, que además tiene la virtud de recoger y explicar la división entre públicos “atentos” y públicos “abstencionistas”. Lo llamativo en esta dimensión es que ella permite distinguir el clivaje no entre derecha e izquierda, sino entre ciertos grupos de derecha, por un lado, y aquellos electores que en la encuesta se ubicaron entre los indecisos, abstencionistas, anti-políticos e independientes. El clivaje se da entre los votantes “qualunquistas” y de baja competencia cívica y los que manifiestan más firmes adhesiones partidarias, sean éstas de derecha, centro e izquierda. Esta dimensión permite diferenciar al público cívicamente activado del conformado por un conglomerado de “alienados” y ciertos derechistas que se muestran ajenos u hostiles al conjunto de la vida política democrática y electoral.

Se detectaron otras dos dimensiones relevantes aunque de menor peso explicativo: una de ellas se asocia fuertemente al factor generacional y en menor medida a aspectos de género, y una cuarta tiene un carácter ideológico de difícil interpretación y logra una baja contribución a la explicación global de la varianza.

En la sección que sigue haremos un exámen más pormenorizado de las dimensiones detectadas y procuraremos refinar el breve análisis esbozado a modo de introducción.

## **DIMENSIONES DE “CLIVAJE” FRENTE AL TEMA DE LA IDENTIFICACION PARTIDARIA**

**Primer Factor: Un clivaje combinado de tres cuestiones: postura confesional, clase social y cultura política.**

Este factor se muestra como el más importante en

términos de la cantidad de varianza que logra explicar. Como ya señaláramos, en él se constata la coexistencia de variables estrictamente ideológicas que operan independientemente, pero conjuntamente, con dos variables de tipo “estructural”: el nivel educacional y el tipo de inserción de los individuos dentro del sistema de división social del trabajo. Estas variables parecen discriminar electorados significativamente diferentes. Para hacernos una idea más clara del tipo de votante que estaría positivamente asociado a este factor, o sea que estaría en el extremo positivo del continuo de opinión que este factor define, podríamos hacer una especie de retrato hablado de dicho individuo:

Se trata de una persona que cree en la legitimidad de la acción política de las instituciones religiosas y de la pertinencia de las ideas confesionales en el espacio de la vida pública; al mismo tiempo, pertenece preferentemente a sectores de trabajadores no manuales, tiende a poseer opiniones igualitarias y “modernas” en cuanto a las relaciones de género, es libertario en lo social y al mismo tiempo estatista en lo económico. Su nivel educacional tiende a ser más bajo que el de su tipo opuesto y comparte un “ethos” cívico pluralista y tolerante, o al menos proclama la necesidad de un orden político sin exclusiones ideológicas *a priori*.

El perfil que hemos trazado nos habla de un tipo de votante que combina de manera *sui generis* características que históricamente se han presentado desvinculadas y opuestas entre sí. En primer lugar, la variable más claramente tipificadora de esta dimensión es el clericalismo (no la religiosidad) entendido como opinión favorable a la influencia de ideas religiosas en la vida política; un segundo lugar lo ocupa la pertenencia de clase social. Las dos variables más importantes de esta dimensión parecerían responder simultáneamente a determinaciones típicas de dos diferentes dimensiones de clivaje “clásicas”, la religiosa y la clasista. Sin embargo, una reflexión ulterior debe llevarnos a revisar cualquier conclusión fácil de que esta dimensión no hace sino combinar de manera *sui generis* tales polaridades históricas: ni la cuestión clerical, ni la clasista se presentan aquí bajo su forma tradicional. Tampoco son independientes una de la otra. Al contrario se hallan mutuamente implicadas, de una manera que nos esforzaremos en explicar en los párrafos sucesivos.

En realidad, el clericalismo presente en este factor, no representa una transferencia de fidelidad a la Iglesia frente y en oposición a la sociedad secular. En el contexto chileno, debe ser entendido como parte del alineamiento de sectores civiles frente y contra el régimen autoritario. Sabido es que la Iglesia Católica se alzó como una alternativa, —por muchos años casi la única—, de organización y defensa de la sociedad política y de la sociedad civil frente al poder de la dictadura pinochetista. Tampoco puede decirse que el alineamiento con la Iglesia revele una

especie de latente “partido de la sociedad civil” de la cual la organización eclesiástica sería el portavoz frente al mundo de lo público que se seculariza amenazadoramente para las identidades tradicionales (21). En la tradición político-estatal chilena, el mundo eclesiástico se presenta como parte de la esfera de la autoridad pública. Una autoridad pública paralela, alternativa y competitiva con la autoridad secular, pero en ningún caso sistemáticamente opuesta o integrada a ella. Este rol de “tercero” en el sistema de representaciones políticas chilenas, le permite a la Iglesia ser un espacio a la vez político-institucional y no estatal. Creemos que la Iglesia opera como sustituto simbólico y equivalente funcional del mundo de las organizaciones políticas civiles y de arena político-electoral excluidas por la dictadura, una especie de provisional “polis” in partibus. Este alineamiento de los sectores medios asalariados e intelectuales con el clericalismo nada tiene que ver con un clericalismo a la antigua usanza. Más que manifestación de una rebelión social en contra de la modernidad estatal secularizante, como ha sido tradicionalmente el clericalismo católico, esta particular variedad se presenta como un acto de resistencia en contra de un régimen que desarticula las formas políticas y democráticas seculares de acción y representación de sus intereses. Lo que expresa este alineamiento es un conflicto entre quienes desearían una reconstitución del espacio republicano de organizaciones políticas articuladoras de la sociedad y el estado, contra aquéllos que: a) tienen una noción extra-mundana de la función institucional de la Iglesia y de la religión; b) apoyan la destrucción del espacio de la política “desde arriba”, o sea la afirmación de un Estado anti-político de tipo neo-absolutista.

Por otro lado, el fuerte carácter de la variable clase media en este clivaje, apunta a que en esta defensa de la política como espacio comunicativo republicano no obturado, los votantes que no trabajan con sus manos se diferencian claramente de los trabajadores manuales y de quienes no tienen posiciones asalariadas dentro de la economía. La reivindicación por la política y contra la autonomía del estado “despótico” no halla su público propio ni entre los pasivos, ni entre los obreros manuales, ni entre los propietarios.

El análisis de los resultados del panel FLACSO ha demostrado la altísima correlación del indicador “educación” con el status socio-económico en su conjunto. Respecto al rol de la variable educacional en este factor, podría tomarse la escolaridad como un “proxy” de status social o clase. En tal caso, la presencia de esta variable en este factor con signo negativo apuntaría a que el electorado que analizamos estaría preferentemente constituido por sectores

asalariados no manuales de nivel socio-económico relativamente más bajo. Es tal vez el caso de los empleados “cuello blanco”, pequeños intelectuales y funcionarios de menor nivel, más que grandes ejecutivos o profesionales, los cuales se ubicarían más bien en el polo opuesto (absolutista o regalista) del continuo.

Finalmente, hay otras cuatro variables discriminantes que son de naturaleza estrictamente ideológica. Ellas son *independientes de los factores estructurales de clase o religiosos* mencionados y muestran el perfil de un electorado que en el polo positivo, se caracteriza por su estatismo (materialismo de izquierda), su sensibilidad a valores pluralistas, libertarios y su aceptación de relaciones de género más igualitarias. Inversamente, los votantes de su polo contrario serían privatistas, patriarcales, autoritario-absolutistas y políticamente intolerantes. Se trataría precisamente de un electorado anti-político, partidario de un estado monista “fuerte” que garantice la mantención de estructuras de convivencia cívicas “tradicionales”, de la propiedad, la familia y de formas de producción y propiedad centradas en el mercado y la libre empresa. En el caso chileno al menos, el liberalismo económico se asocia a un tradicionalismo socio-cultural muy marcado y a una posición favorable dentro de la distribución del capital cultural. Los sectores más altamente educados propenderían a sentirse interpretados por este laicismo “regalista”, económicamente antiestatista y privatista, autoritario, moralmente tradicionalista y patriarcal.

Una inspección de la forma como las identificaciones partidarias se ordenan en este continuo de clivaje revela algunos hechos de primera vista sorprendentes. Los dos extremos opuestos del continuo son los partidarios del Partido Comunista y del Partido Nacional. Hasta ahí todo parece hacer sentido; pero, la interpretación se hace menos obvia cuando se descubre que los otros dos partidos importantes de la derecha: UDI y RN, no se polarizan en esta dimensión. De hecho, ambos aparecen en el centro del continuo de clivaje, como una especie de expresión centrista en esta dimensión. La putativa “derecha” está constituida por los simpatizantes del PN, en primer lugar, y luego por los independientes, los indiferentes o los que se niegan a responder a la pregunta. Son los “apolíticos” y anti-políticos los que expresan en mejor forma el conjunto de características del electorado de esta “derecha”. En el lado positivo, el ordenamiento, en cambio sigue una escala de tipo izquierda-derecha más convencional, desde el PC en un extremo, hasta la DC, que estaría más al centro del espectro. La alta asociación de los nacionales con el extremo opuesto muestra que los simpa-

(21) Es el caso del protestantismo disidente en Inglaterra durante la revolución del siglo XVII, o del islam chiíta en Irán frente a una monarquía “cosmopolita” y extranjerizante.

tizantes de dicho partido expresan en forma particularmente aguda a un estrato de votantes autoritario, tradicionalista, liberal en lo económico y laico-regalista en lo político. El votante nacional es algo así como un anti-político politizado. En cambio, los simpatizantes de la UDI y de RN no presentan tales características y no son discriminados en esta dimensión: de hecho se hallan más cerca de la DC que de los independientes y de los nacionales.

Ahora bien, sabido es que en las elecciones de 1989, RN y UDI desplazaron electoralmente al PN y a los otros partidos de derecha. Tal tendencia se veía ya de manera temprana en los datos de la tercera ola del panel FLACSO. Podría anticiparse la hipótesis de que los votantes nacionales representan aquel sector de electores derechistas más reacios a abandonar las viejas identidades partidarias y a sumarse al proceso de renovación de la derecha política. En otras palabras, el sector más lento en seguir a las nuevas conducciones que hegemonizaron el pacto Democracia y Progreso, o si se quiere a la “nueva derecha”. Es posible que este electorado sea el sector más tradicionalista, despolitizado y conservador de la base de apoyo al régimen de Pinochet, y por lo tanto, el sector mejor identificado con la idea de un estado autoritario en forma y constituido en torno a relaciones de mando y obediencia patrimonialistas. En este grupo se hallan embarcados tanto sectores de elite, como pasivos (fuera del mercado de trabajo) y trabajadores manuales. Sería un bloque interclasista que tiene en común oponerse y polarizarse en contra de la pequeña intelectualidad y la pequeña propiedad. Asimismo, podría pensarse que el éxito que obtuvieron RN y UDI en los comicios parlamentarios en atraer a estos votantes deba hallarse en otros factores aparte de los ideológicos o estructurales: por ejemplo en el cálculo estratégico del “voto útil” de parte de quienes percibieron que votar por los partidos menores de la derecha hubiese sido equivalente a perder el voto, viéndose forzados a escoger el “mal menor”. Un indicio interesante lo proporcionará el análisis del patrón de votación y alineamiento frente a la candidatura presidencial de Errazuriz, que podría pensarse fue una alternativa para el voto de los anti-políticos tradicionalistas. De lo anterior se desprende, sin embargo, otra conclusión: que en definitiva, un alto porcentaje de los votantes de la UDI y de RN no votan por estos partidos por una identificación positiva, sino porque expresan la posición menos alejada, dentro de un espectro político que no ofrece expresiones viables para una latente demanda por objetos de afiliación cercanos a las necesidades de ese numeroso y gran electorado anti-partidos y anti-democrático. Una parte importante del voto de la derecha proviene de este “qualunquismo” carente de partido propio, y que por su naturaleza misma no puede plasmarse en organizaciones partidarias fuertes y estables de tipo burocrático-racional. De aquí también se desprende que existe en el electorado chileno una amplia y

sumergida base de latente apoyo a direcciones políticas caudillistas, patrimonialistas, autoritario-traditionalistas y regalistas, profundamente alienadas de la operativa de la democracia electoral de partidos. Este sería el electorado “flotante” que votó por Pinochet en el plebiscito de 1988 y en parte por Errazuriz en las Presidenciales de 1989, pero que históricamente ha hallado expresión en los populismos de Arturo Alessandri e Ibañez, en el personalismo conservador de Jorge Alessandri (que siempre fue un independiente por encima de los partidos) y en menor medida en el solapado caudillismo de Frei en la DC y de Allende en la izquierda.

Por último, llama la atención la ubicación de los votantes del partido radical, que se parece más fuertemente a la de los independientes y apolíticos que a la del resto de los partidos de la Concertación. Debe verse aquí el efecto del laicismo “tradicional” de la cultura política de dicho partido, y probablemente a su perfil más “arcaico” frente a las grandes cuestiones que dividen a la opinión pública nacional. Sus electores parecen estar aún reaccionando frente a la vieja cuestión del laicismo, y no frente a la nueva constelación ideológica que asocia el laicismo a la defensa del imperio despótico del estado frente a una religiosidad “democrática” y “cívica”.

Es preciso, asimismo, señalar que no resulta posible describir a esta dimensión de clivaje como una polarización pura y simple entre “tradicionalismo” y “modernidad”. En ambos polos aparecen temas de ambigua clasificación. El privatismo de los apolíticos, independientes, nacionales y radicales no puede, en principio, ser visto como más tradicionalista que el estatismo de los votantes comunistas o socialistas, y el neo-clericalismo de los simpatizantes de la Concertación no es necesariamente más tradicional que el laicismo regalista de los votantes del polo opuesto.

Aparentemente se trata aquí de un clivaje en donde ciertos factores de clase se asocian a complejos culturales altamente estructurados, cada uno de los cuales representa visiones alternativas de una modernidad posible: una modernidad económicamente liberal que adapta valores de la sociedad tradicional en la esfera de las relaciones extra-económicas y de un cierto despotismo “ilustrado” centralista, contra otra modernidad que combina el estatismo económico, con temas de modernización y liberalización de la moralidad social, en el marco de una sociedad altamente articulada en una política republicana levantada frente al Estado, como espacio de reivindicación de derechos y libertades no reducibles a la pura voluntad autoritaria de la cúpula despótico-estatal. Se trata más bien el clivaje entre una visión de la libertad como derecho ciudadano a hacer política y la libertad como derecho al libre intercambio de propietarios patriarcales asegurados por un soberano que revista las características de un Leviatán: algo así como una oposición entre un partido rousseauiano

contra un partido hobbesiano. Esta compleja articulación de oposiciones y contrarios impide cualquier fácil asimilación de esta primera dimensión de clivaje a simples cuestiones de clase, de modernidad/tradición o de clericalismo/laicismo.

## La 2.<sup>a</sup> Dimensión: Clase Social.

Es en este segundo clivaje donde el tema clasista aparece con toda su fuerza y nitidez. Si vemos las cuatro variables con coeficientes más altos: Ingreso, Educación, Privatismo y Clase Media, podemos darnos cuenta de que la determinación de este factor es casi por completo de tipo estructural. El votante que se ubica en el polo positivo de esta dimensión es un individuo de alto nivel de ingreso, alto nivel educacional, partidario de la iniciativa privada y no pertenece al sector de trabajadores manuales ni al pasivo. Tiene el perfil de un burgués o de un empleado no manual de alto nivel educacional y de ingresos.

Esta figura se hace aún más clara por la significativa correlación negativa de este electorado con la condición obrera.

Otras variables que cargan significativamente sobre este factor, refuerzan el efecto de lo señalado anteriormente. Los electores positivos sobre esta dimensión expresan opiniones políticas elitistas, favorecen el personalismo político y la “autoridad fuerte”, defienden valores sociales y morales tradicionales, el autoritarismo y la verticalidad, pero en contrapartida, son partidarios de una “apertura” democrática y republicana del sistema político, que permita la libertad de opinión y asociación. En otras palabras, contrariamente a la franja apolítico-nacional-independiente de la primera dimensión, manifiestan cierto interés en formas democráticas acotadas por mecanismos que regulen y controlen la participación plebiscitaria. Podría ser visto como un público afín a la idea de una “democracia protegida” o de una “democracia minimalista”, donde las formas demoliberales estén vertebradas sobre un *ethos* político autoritario y personalista que establezca una tutela benévola sobre los mecanismos de formación de la voluntad cívica.

Esta dimensión es a nuestro juicio equivalente a la que el sentido común ha bautizado como “izquierda-derecha”. Si se evalúan los puntajes de los simpatizantes de los partidos sobre esta dimensión, se verá que ella ordena de manera casi perfecta (con una sola notoria anomalía) a los partidos en el citado continuo. Los grupos más extremos son el comunista y las no respuestas, por un lado, y UDI y Renovación Nacional por el otro.

El Partido Nacional aparece como una derecha algo menos elitista, el radicalismo aparece como el grupo más a la derecha dentro de la Concertación, y, sorprendentemente el PPD toma un puntaje positivo sobre esta dimensión, casi equidistante entre el PN y el PDC.

Esto parece requerir una cierta aclaración. El PPD

se diferencia claramente del P. Socialista y se aproxima a los partidos de derecha y centro. La posible interpretación substantiva de este fenómeno puede pasar por el reconocimiento de que el votante PPD representa tipológicamente a un votante de clase alta y media alta pero que se identifica dentro de la Concertación. Su perfil socio-económico y educacional se asemeja más a la de los partidos de la derecha que a los que apoyaban al candidato Aylwyn. Recoge por lo tanto a los sectores que por su extracción de clase y por sus intereses podrían haber votado por la DC o por la derecha, pero que, por otras razones (ideológicas, culturales), no podían avenirse a apoyar a los sucesores del régimen de Pinochet. Probablemente la explicación del alineamiento de los votantes PPD con la Concertación debe basarse en los factores analizados en el estudio del primer factor de clivaje. Es un grupo socialmente de centro-derecha, pero que políticamente aparece en una postura “desclasada”: como un sector de medio para arriba pero que asume un ideario político más democrático y pluralista que el del resto de los electores de su clase.

El PPD parece tener una especial capacidad para recoger las preferencias de grupos de clase alta y media/alta que se diferencian del resto de sus congéneres por su adhesión a los valores del republicanismo pluralista y de la modernización de las relaciones sociales no económicas. El PPD vendría a ser simplificando la expresión de una elite social “moderna” en una amplia gama de aspectos y ya no sólo en el de la economía y la propiedad como es el caso del votante privatista-liberal que sigue a la UDI o a RN. Es la política burguesa sin el despotismo centralista patriarcal y sin el tradicionalismo en la esfera de las relaciones sociales.

El otro aspecto que debe llamar la atención es que en esta dimensión los NS-NR se diferencian claramente de los Independientes y apolíticos. Mientras que en la primera dimensión todos estos tres grupos que no se identificaron con ningún partido tenían una posición parecida (dentro de la franja autoritario-privatista y laica), en esta segunda dimensión, los independientes y los apolíticos aparecen no discriminados, mientras que los que no respondieron se aproximan mucho al puntaje y posición del PC, en el extremo negativo del continuo. La conclusión parece clara: mientras que el “independentismo apolítico” no es un fenómeno clasistamente determinado, la negativa o imposibilidad de responder es, en cambio, un síndrome nítidamente “plebeyo” y se asocia a un bajo nivel económico y educacional. Los encuestados que no dieron una respuesta son, por decirlo así, el prototipo del votante poco sofisticado, del marginado político-cultural. En cambio, los independientes y apolíticos pueden darse indistintamente en cualquier segmento o estrato y su discriminación viene dada por factores más complejos de posición social y cultura política.



### Factor 3: Generación-Género

El factor número tres es sumamente simple y consiste básicamente en tres variables, una de las cuales es casi coextensiva con el mismo factor. La variable central es aquí la edad. Esto indica que en el emergente sistema de clivajes políticos en Chile el factor generacional juega un rol modestamente significativo. En otras palabras, la edad de los sujetos ayuda a explicar sus opciones y preferencias político partidarias. Distintas generaciones tienen un perfil diferencial de identificación con los distintos partidos. Hay, pues, un proceso de sucesión generacional de las preferencias entre distintas colectividades, lo cual apunta hacia una cierta "fungibilidad" temporal de las lealtades del electorado. Habría una cierta tendencia de las personas más jóvenes a reorientarse hacia distintos partidos en función exclusiva de su edad.

Junto con la variable edad, este factor incluye también otras dos. En primer lugar, los electores que se hallan situados sobre los valores positivos del continuo, manifiestan una fuerte preferencia por las conducciones políticas impersonales, orgánicas y partidistas por sobre los personalismos y las conducciones caudillistas o carismáticas. Por otra parte, tienden a no ser dueñas de casa. El perfil del votante positivo sobre esta dimensión es la de un adulto mayor, más probablemente de sexo masculino, preferentemente orientado a valores políticos impersonales, racional-legales e institucionalistas.

Sobre esta dimensión los partidos extremos son el Radical, por un lado, y el PPD por otro. El PR como partido de electorado "viejo", masculinizado e institucionalista, y el PPD como el más "joven", caudillista y con seguidoras más bien numerosas entre las amas de casa. Los otros partidos demográficamente envejecidos son el Nacional, Renovación Nacional y, en menor medida, el Comunista. Las no respuestas y los independientes también tienden a darse más en el grupo de los varones mayores.

En cambio, los partidos de electorado joven son el PPD, el PAIS y la UDI. Esto permite revelar otra característica: sobre las dos primeras dimensiones, la UDI y RN eran casi inseparables, en otras palabras se disputaban y compartían electorados de muy similares características. En esta tercera dimensión, en cambio, los dos partidos se muestran muy distintos. La UDI se presenta como el partido "joven" de la derecha y además el que tiende a mostrar más personalismo y un electorado algo menos masculinizado que el PN y RN.

En la izquierda, también debe notarse que el PC aparece en el polo "viejo", mientras que el PAIS es el "joven". En el centro izquierda ocurre similar bipolaridad: el PS como un partido con una estructura etárea promedio, y el PPD como el partido más joven. Es de notar que los partidos "instrumentales" revelan una tendencia a convocar a personas que creen más en los "líderes" que en los partidos. Es

evidente que se trata de identidades partidarias con débiles referentes históricos e institucionales y que obligan a sus seguidores a reemplazar tal ausencia con la búsqueda de referentes personalista-carismáticos. En este sentido, los partidos con bases electorales más antiguas y consolidadas pueden referirse simbólicamente a una historia partidista que transciende los liderazgos circunstanciales. Estos partidos tienen su tradición y una acumulación de experiencias anónimas transmisibles intergeneracionalmente. El hecho de que RN esté en el polo de los partidos "antiguos" puede parecer extraño, pero creemos que esto se debe a que el RN, juega, en realidad el papel de sucesor de la derecha tradicional que en algún momento se canalizó a través del PN, y que por tanto le son transferidas las identificaciones y lealtades inter-generacionales propias de ese electorado. En cambio, la UDI se presenta como el partido "nuevo", que se halla aún en el proceso de fundación de una nueva tradición histórica, centrada en otros símbolos e ideas.

### 4.º Factor: Nacionalismo Desarrollista/Materialista

La cuarta de nuestras dimensiones de clivaje es de más difícil interpretación. La variable que carga más fuerte sobre ella es la de la predominancia de valores materialistas y centrados en la prioridad del desarrollo por sobre consideraciones ambientalistas o de calidad de vida. Podría revelar la adhesión a los valores clásicos de la sociedad industrial. Le siguen en peso el nivel educacional que correlaciona positivamente con el factor, y una postura nacionalista y anti-cosmopolita. Finalmente, existe un cierto nivel de privatismo y de "caudillismo" o "personalismo" político.

Pensamos que este factor atrapa el alineamiento de lo que podríamos llamar la constelación ideológica típica del desarrollismo nacional-populista latinoamericano y la orientación a un desarrollo autónomo de tipo "clásico". Al igual que en el caso de la primera dimensión resulta difícil imputar a esta dimensión el clivaje tradicionalismo/modernidad. Existen elementos "mixtos" en ambos polos. El materialismo desarrollista es claramente "moderno", pero el personalismo político y el nacionalismo podrían mostrar una cara tradicionalista de la política chilena. Por otra parte, quienes se hallan positivamente evaluados sobre esta dimensión tienden a ser más educados que quienes lo hacen negativamente.

La impresión de que esta dimensión captura el clivaje entre el desarrollismo nacionalista y otras alternativas opuestas, se refuerza cuando se ve de que manera el espectro partidista se organiza sobre esta dimensión.

Esta dimensión opone polarmente al P. Socialista con la UDI. Debe notarse precisamente que la UDI ha sido el partido "par excellence" del desarrollo cosmopolita, la integración al mercado mundial y el

abandono del desarrollismo. El PS, en cambio, ha sido dentro de la izquierda, el partido que más ha enfatizado la especificidad “latinoamericanista” de las vías de desarrollo deseables, y el que más allá del estatismo marxista ha buscado reconciliar a la izquierda con las peculiaridades de la pragmática política de las sociedades latinoamericanas.

En esta dimensión, se evalúan positivamente, después de los socialistas, los comunistas, el PPD y en grado menor, los Radicales. Renovación Nacional y los Independientes, en cambio, representan la faz muy moderada del anti-desarrollismo nacionalista

## CONCLUSIONES

Hemos aislado cuatro dimensiones empíricas de clivaje en la política chilena de 1989. La primera de ellas captura el efecto combinado de por lo menos tres dimensiones conceptuales: cultura política, clase social y alineamiento clericalismo-laicismo. Hemos dado razones para fundamentar que este último puede ser reducido al primero, dadas las peculiares condiciones de la política chilena posterior a 1973. En todo caso esta primera dimensión no puede ser reducida simplemente a alguna de las cuatro teóricas que presentamos en la primera parte de este trabajo. Incluso el tópico de la clase social no aparece bajo la forma de clivaje capitalista-proletario, o, por último, como polarización entre estratos socioeconómicos de ingreso y educación. El efecto de clase sobre esta dimensión es diferente y parece operar en un plano distinto al “clásico”. Hay un efecto de la división social del trabajo, pero este efecto no divide a capitalistas de obreros, o a pobres de ricos sino que parece más bien estar dividiendo a las personas según su ubicación diferencial en el plano del trabajo “intelectual” y de la acumulación de capital simbólico y material en torno a dicha esfera.

La segunda dimensión es claramente y nítidamente asimilable a la dimensión clasista de la política y al tercer clivaje de Lipset y Rokkan (22). Es, sin duda, la que más se aproxima al “sentido común” de los actores de la política chilena.

La tercera dimensión no captura nada que sea propio de los esquemas de Inglehart o de Lipset y Rokkan. Nos habla de un fenómeno de orden distinto, un fenómeno que parece más ideosincrático: la estructura por oleadas generacionales de la política chilena. Contrariamente a los casos europeos, donde cada nueva generación lucha por hacerse del control de los partidos ya existentes y al interior de ellos trata de afirmar sus propias redes (de influencia, poder, clientelismo, etc.), en Chile parece ocurrir que cada generación partidaria se halla fuertemente impulsada a fundar otros partidos que compiten por suceder al original. Cada nueva generación de políticos y de electores, rompe con las raíces en que se formaron,

para iniciar la empresa de constituir nuevos referentes. Así, cada cierto número de años, el espectro partidario puede verse drásticamente recompuesto, como expresión, no sólo de una evolución de las ideas y plataformas, sino de la lucha generacional de las elites y de los votantes. Es como si los partidos establecidos no dieran esperanzas a las nuevas generaciones y éstas tuvieran más posibilidades de éxito haciendo tienda aparte, que esperando suceder a la vieja generación dentro del hogar común ancestral.

La cuarta dimensión de clivaje, nos parece ser, al igual que la 1.<sup>ª</sup> y 3.<sup>ª</sup>, bastante no convencional, por lo menos a la luz de la literatura existente. Expresa una constelación de valores políticos y cívicos muy peculiar y muy “latinoamericana” y se presenta como una polarización en torno a diferentes enfoques de la naturaleza del desarrollo. Representa un alineamiento ideológico-cultural.

Tal vez, y de manera muy tenue, se hallaría aquí incluida la problemática de Inglehart sobre los valores post-materialistas, pero la evidencia al respecto es insuficiente. Por otra parte no parece verosímil atribuir a la UDI el rol de partido “verde”. Por lo tanto, el materialismo en esta dimensión parece ser cuestión de distintas formas de interpretar el mejor camino al progreso que un asunto de cuestionar radicalmente su naturaleza. El público chileno todavía no muestra señales de polarizarse en torno a las cuestiones de la sustentabilidad del desarrollo. Lo que sí polariza es la cuestión de las implicancias del tipo de desarrollo para la preservación de lo nacional y del sentido de identidad de la sociedad y de los grupos.

En las cuatro dimensiones las contradicciones o conflictos principales se dan entre los siguientes partidos:

**1.<sup>ª</sup> Dimensión de “Clivaje”:** Republicanismo Político/Regalismo Privatista: Concertación contra Partido Nacional, Independientes y Apolíticos.

**2.<sup>ª</sup> Dimensión de “Clivaje”:** Clase Social: RN/UDI vs. Izquierda y No Respuestas.

**3.<sup>ª</sup> Dimensión de “Clivaje”:** Edad/Género: P. Radical/Nacional/RN vs. PPD/PAIS/UDI.

**4.<sup>ª</sup> Dimensión de “Clivaje”:** Ideología del Desarrollo: P. Socialista/PC vs. UDI.

Si queremos evaluar apretadamente la implicancia de los hallazgos para la teoría de los clivajes partidarios, podríamos decir lo siguiente: la dimensión clericalismo-laicismo, aparece muy fuertemente en el primer factor, pero de una manera tan modificada, que no puede ser asimilada a tal dimensión como fue discutida en la literatura sobre el surgimiento de los modernos sistemas de partidos en Europa. El alineamiento frente a la cuestión clerical tiene en Chile un sentido por completo distinto al que tuvo en la época de las querellas entre estado laico y catolicismo ultramontano. Tal vez es posible asistir a la configu-

(22) Lipset y Rokkan; *Op. cit.*

ración de un neo-clericalismo republicano-democrático.

La temática de la clase social, en cambio, aparece muy fuertemente y constituye en sí un factor autónomo y de gran importancia de segmentación de los electorados.

La polarización en torno la cuestión del materialismo/post-materialismo aún no se ha insinuado en Chile, lo cual tiende a confirmar tentativamente la hipótesis "materialista" de Inglehart, en el sentido de que sólo las sociedades "saciadas" y "pacificadas" pueden generar un segmento importante de la opinión pública que se pueda activar políticamente en torno a las cuestiones del "tipo de desarrollo" y el sentido último de los valores que éste promueve. Finalmente, la cuestión del alineamiento entre valores modernos y tradicionales, así como la conexa cuestión del populismo tiene respuestas ambiguas. Al menos puede decirse que con una conceptualización "clásica" de esta dimensión de continuo no parece fácil interpretar los resultados de este trabajo. Parece más factible hacerlo si es que utilizamos una versión diferente de lo que ha de entenderse por modernidad y tradición. O sea, si tales conceptos se definen desde un campo cultural autónomo con

respecto al euro-norteamericano. Esto apunta a la necesidad de volver a pensar en términos de la modernidad latinoamericana como "otra modernidad" que combina los valores de la modernidad de otra manera y que los interpreta en sentidos diversos. En los factores que hemos desentrañado, llama la atención la forma ecléctica y mixta en que en todos ellos los electores adaptan y adoptan actitudes y disposiciones que idealmente pertenecerían a uno u otro universo. De esta manera no podemos decir lisa y llanamente que en alguna de las cuatro dimensiones podemos hallar expresada la oposición entre un electorado moderno y un electorado "tradicionalista". Hay clivajes en torno a maneras distintas de entender, vivir o articularse con la modernidad o/y la tradición, y estos clivajes cruzan perpendicularmente los niveles de educación y sofisticación de los sujetos. Los públicos más educados, por ejemplo, tienden a ser más intolerantes, autoritarios, favorecer un estado fuerte y tutorial, pero al mismo tiempo son burguesamente privatistas y libre cambistas; son más patriarcalistas, pero más laicos y secularizados; disputan en torno al tipo de desarrollo económico, pero todos son nacionalistas y al mismo tiempo materialistas, etc.

---

## RESUMEN

El presente estudio intenta hacer extensivo al caso chileno los estudios sobre "clivajes" partidistas que en Europa han hecho autores como Seymour M. Lipset, Stein Rohkan y Roland Inglehart. Se sostiene que las actitudes de identificación partidista del público chileno en las elecciones generales de 1989 se segmentaron en al menos tres dimensiones significativas; sólo una de ellas, la segunda, asociada a la variable clase social, es claramente asimilable a las dimensiones encontradas en Europa Occidental.

## ABSTRACT

*The present study is an attempt at extending to the Chilean case the findings of previous studies on electoral cleavages in Western Europe, most notably by Seymour M. Lipset, Stein Rohkan and Ronald Inglehart. It is found that party identification among Chilean voters in the 1989 general elections was determined by at least three main cleavages or dimensions; only one of them, the second, associated to class-related variables is similar to the ones found in Western Europe.*